

9

DISCURSO

SOBRE

LA VERDAD CATOLICA

LEIDO POR SU AUTOR EL LIC.

MANUEL NICOLIN Y ECHANOVE

EN LA ASAMBLA GENERAL

DE LA SOCIEDAD CATÓLICA, VERIFICADA EL 29 DE JUNIO DE 1876, BAJO LA PRESIDENCIA  
DEL ILLMO. SR. OBISPO DE CHILAPA,

DR. D. TOMAS BARON Y MORALES

SERMO TUUS VERITAS EST.

LA PALABRA TUYA ES LA VERDAD MISMA.

San Juan, cap. XVII. v. 17.

BX1428

N5

c.1

MÉXICO

IMPRESA DE IGNACIO ESCALANTE,

BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1876

BX1428

N5

C. 1



1080024839



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,  
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

DISCURSO

SOBRE

# LA VERDAD CATOLICA

LEIDO POR SU AUTOR EL LIC.

MANUEL NICOLIN Y ECHANOVE

EN LA ASAMBLEA GENERAL

DE LA SOCIEDAD CATÓLICA, VERIFICADA EL 29 DE JUNIO DE 1876, BAJO LA PRESIDENCIA  
DEL ILLMO. SR. OBISPO DE CHILAPA,

DR. D. TOMAS BARON Y MORALES

SERMO TUUS VERITAS EST.

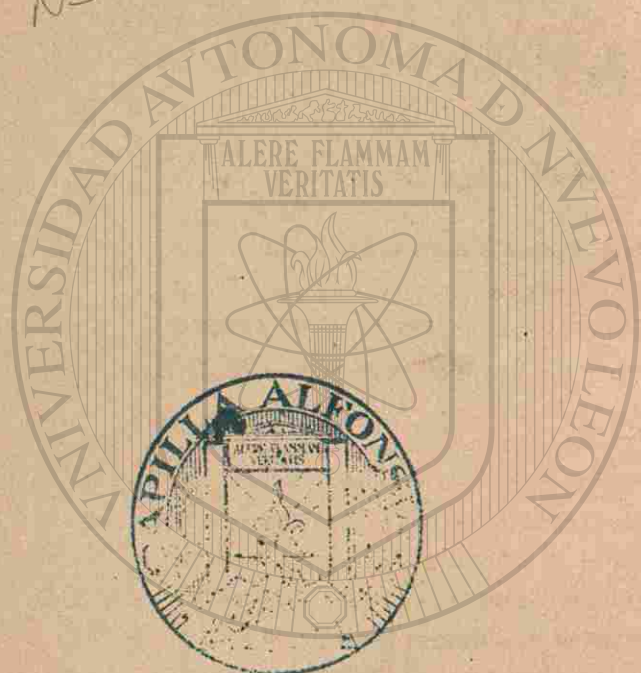
LA PALABRA TUYA ES LA VERDAD MISMA.

San Juan, cap. XVII, v. 17.



1876  
*Al Illmo Sr Obispo de Chilapa, hoy  
de Leon, su atento y adicto servidor  
México, Julio 7/854. El autor*

BX 1428  
NS



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

125373



*Illmo. Señor.*

*Señores:*

SERMO TUUS VERITAS EST.

LA PALABRA TUYA ES LA VERDAD MISMA.

*S. Juan, cap. XVII, v. 17.*

**V**ENGO con pena á ocupar esta tribuna, en donde, desde la fundacion de la Sociedad Católica, han resonado voces mucho más elocuentes y autorizadas que la mia; pero vengo, Señores, con la frente inclinada y con la mano en el corazón, como quien rinde un homenaje y como quien cumple un sagrado y altísimo deber. Y estas dos grandes consideraciones que ocupan mi mente en este momento solemne, infunden serenidad á mi ánimo y mueven mi lengua en honor de la primera y más sublime de todas las verdades, de la verdad por excelencia, Señores, de la verdad religiosa, que es la verdad católica. ®

En otros tiempos más tranquilos y felices para la Iglesia cristiana, si bien acaso por eso mismo, menos meritorios y menos llenos de glorificadoras virtudes, el cristiano concurría á estas sagradas fiestas de la Religion, y casi puedo decir de la familia, con el

semblante risueño y el corazón henchido de alegría y de paz: el hermano estrechaba complacido la mano del hermano, con quien departía sus más puras y santas emociones, y la voz de los fieles se levantaba más expansiva y alborozada bajo las bóvedas de nuestros templos y bajo el techo siempre querido de nuestros hogares. Hoy, Señores, siento que al decirlo se me nubla la frente y se agolpa el dolor á mi pecho, tenemos que hacer un grande y poderoso esfuerzo sobre el error y sobre el mundo, para venir á pregonar aquí, en elevados acentos, que estas fiestas de la Iglesia, son las fiestas, no de un individuo ni de una secta, no de un día ni de una época, no de un principio pasajero ni de una estéril escuela filosófica, sino las fiestas del género humano, uno en su origen y en su noble destino; las fiestas de los siglos que empiezan y se resuelven en la eternidad; las fiestas de la verdad, de la belleza, de la bondad y de la justicia absolutas, que son la obra de Dios, y que están representadas en el tiempo por la Religión, la Filosofía y la Historia.

Sí, Señores; yo dirijo la mirada á nuestro alrededor, y oigo que se levanta en contra de nosotros el airado anatema de la pretendida sabiduría y del racionalismo moderno, contra nosotros que, como todos los católicos, sentimos arder en nuestras cabezas el fuego de la verdad santa, que sentimos correr también por nuestras venas el anheloso afán de la civilización, de esa civilización verdadera que eleva y engrandece, que guía y perfecciona á la humanidad; y todo esto, Señores, porque publicamos y seguimos y veneramos el catolicismo, hoy excluido del banquete del contemporáneo progreso, de la misma manera que si la luna, ese faro luminoso de la noche, pretendiese excluir del sistema de nuestro universo, al astro-rey, de quien recibe la luz y la vida.

Hoy, Señores, si atendiéramos ciertamente á las conveniencias mundanas, al provecho de los humanos intereses y al ludibrio de los sabios nuevos, encargados de repartir entre los hombres sus encarecidos favores, no vendríamos á tributar públicamente este

grande y respetuoso homenaje á la Iglesia católica, de quien somos hijos, á la divina y universal verdad, de que somos servidores. Pero nuestra conducta reposa sobre la base inamovible y firmísima de la conciencia católica, de esa ley sagrada que no tiene más que un peso y una medida para todas las cosas, y una voz que baja de lo alto, de esos campos infinitos, en donde crecen en eterna primavera el árbol majestuoso de la vida y las flores de todas las virtudes, se allega hasta nosotros, como una brisa perfumada en los espacios del cielo, y llena nuestras almas de no sé qué inefables esperanzas, de no sé qué grandes y misteriosos consuelos, que nos sostienen y fortifican en esta obra que, siendo humana por su naturaleza, es por la acción de la Providencia en la creación, una obra también divina.

¡Qué grande complacencia me proporciona, Señores, el honor de dirigiros la palabra en este día de tan grandes y tan solemnes recuerdos para la Iglesia cristiana, en este día en que, al conmemorar al primero de los apóstoles, primer caudillo y maestro del pueblo cristiano en la admirable gerarquía de su poder espiritual, recuerda también la Iglesia agradecida la promesa y el cumplimiento de su inmortalidad; en este día, repito, en que el *Tu es Petrus*, pronunciado por Jesús de Nazaret á las orillas del histórico mar de Galilea, parece que llega más grato á nuestros oídos para infundirnos mayor valor y confianza! ¡Tú eres Pedro, y sobre tí como sobre una piedra de indestructible solidez y de maravillosa firmeza, levantaré el místico edificio de mi Iglesia, contra la cual nada podrá el poder de las tinieblas ni el dilatado combate de los siglos! (S. Math. cap. XVI, v. 18.) Piedra admirable, Señores, que colocada por la misma mano de Dios en medio de la morada de los hombres, y llevando sus graníticos cimientos hasta los abismos de la eternidad, resiste sin conmoverse á todos los embates de la agitada vida humana, en la ilimitada sucesión de los tiempos! Piedra mil veces santa y venerada, sobre cuya sagrada superficie, regada con la sangre de los mártires, debemos arrodillarnos

ahora, para meditar con profundo y respetuoso recogimiento, en el invisible y eterno destino de la sociedad cristiana!

Así lo quiso, Señores, un hombre extraordinario, tipo único que no habían admirado ni volverán á admirar jamás las edades, el cual aseguró de sí, como ninguno, que ÉL era verdaderamente Dios, y que con tan inaudita afirmación ha comparecido durante diez y nueve siglos, ante el tribunal de la filosofía y de la historia, tan diverso ya en sus caracteres como vario en sus procesos. Era oscuro ese hombre, y su espíritu y su palabra iluminan el vasto campo de la razón y de la conciencia; era pobre, y ha tenido tesoros para todas las miserias y templos para todos sus servidores; era solo y débil, y venció á todos sus enemigos, y pasó del establo de Belén y del pretorio de Pilatos á la posesión de la Roma pagana y al dominio del mundo. Y este es, Señores, al mismo tiempo, el acontecimiento más extraordinario y grandioso que registran nuestros anales, desde el principio de los tiempos, el hecho que, al atravesar por en medio de la corriente vertiginosa de los siglos, ha estampado su huella imperecedera en el camino de la historia, y ha dejado abierto sobre sus inmaculados altares, no ya para el cristiano, sino para todos los hombres, el libro siempre sagrado y misterioso de la verdad y de la vida.

Verdaderamente, Señores, no puede darse más alto asunto, ni más sublime verdad al ejercicio de la inteligencia del hombre, ni más santo y noble carácter, ni más admirable y fecundo desarrollo á la existencia del género humano. Yo quisiera que la filosofía de todos los siglos, reunida ahora, y fijando á la manera de un foco de luz, toda la intensidad de sus meditaciones en ese acontecimiento prodigioso, lumínico de la historia y sol del universo moral, alrededor del cual giran los hechos de los hombres, de quien reciben su luz, viniera á decirnos si hay algo que se le asemeje siquiera en el orden humano. El cristianismo no era, y empezó á ser y cambió la faz del mundo. Se niegan los milagros, Señores, y vivimos en medio de un milagro perpétuo. Derivamos de un

hombre que dijo que era Dios, y que se encargó de probarlo. ¡Quién lo hubiera creído! Aquello era tan superior á la razón y tan contrario á sus dictados, que no se ha vuelto á oír, si nos es permitido expresarnos así, mayor absurdo ni locura. La obra de la redención humana se verificó contra todas las reglas conocidas hasta entonces en el orden moral, y hasta contra el criterio común. El absurdo y la locura triunfaron cuando pareció que sucumbían para siempre, cuando el pobre loco que arrastraba tras de sí á todas las gentes, el indefenso visionario que intentaba destruir el poder de los dioses y el imperio de los Césares, moría en un patíbulo afrentoso, que parecía el término de su inaudita empresa y el justo castigo de su inconcebible atrevimiento. Pero las cosas no se detuvieron allí; y esa palabra de redención, conducida por un impulso increíble y á todas luces sobrehumano, estremeció al mundo con la avasalladora fuerza de su soberano influjo, luchó por trescientos años en medio de un mar de sangre, grabó la idea del Hombre-Dios en todos los corazones, hizo arrodillarse á la humanidad entera al pie de sus altares, y levantó, por último, sobre todas las cabezas el código santo é inmortal que empezó á regir al mundo.

Desde entonces, Señores, la luz que nos alumbra, el aire que respiramos, la tierra que huellan nuestras plantas, todo, puede decirse, es absolutamente cristiano, impregnado del aliento divino y de la sangre regeneradora del Cristo. ÉL era sin duda verdadero hombre; pero era también al mismo tiempo verdadero Dios, que regeneraba al mundo, al redimirlo, y que lo enmudecía con el espectáculo de tantas maravillas. Sobre esa piedra portentosa que la omnipotencia de Dios había colocado en la tierra, como inamovible base de su Iglesia, se levantó con asombro, como el fénix renaciendo de las cenizas, el majestuoso edificio, no diríamos solamente religioso, sino también el edificio social y el edificio político de las nuevas generaciones.

Meditemos, Señores, sin embargo, cómo por el solo olvido del

carácter generalizador y absorbente de la regeneración cristiana, el mundo moderno corre desatentado en busca de una felicidad ilusoria, de una verdad engañosa. Es la tierra prometida de una generación de incrédulos, siempre seduciendo sus sentidos con sus encantadores celajes, y siempre escondiendo sus lúgubres riberas en la tenebrosa noche del caos. Colocar fuera de los dominios del reinado de Jesucristo el progreso intelectual y moral del mundo es señalar mezquinos valladares á lo infinito. Conceder al Divino autor de la Iglesia cristiana el triste papel de fundador de una religión inventada y pasajera, de embaucador de las gentes y de traficante de la conciencia humana, es ignorar la profunda filosofía del cristianismo, renegar de la historia y desconocer la íntima naturaleza y el sentimiento universal del género humano.

Es, en efecto, verdaderamente admirable, Señores, el observar cómo esa unidad y esa generalización, que el progreso intelectual descubre cada vez más en el orden científico, se halla más visible y palpante, sin duda, en el orden religioso, descubrir cómo del seno de la incommunicable verdad religiosa, salen necesariamente, por medio de un riguroso encadenamiento filosófico, todas las verdades relativas á Dios y al hombre, al individuo y á la sociedad, al cielo y á la tierra. Y ese descubrimiento lo debemos, Señores, ciertamente, á la verdad católica, que es la verdad religiosa por excelencia, á la verdad católica que vino á enseñar al mundo no solo una religión divina y natural, sino una filosofía más elevada y una historia más trascendental. Ella vino á demostrar, que las verdades religiosas y morales están de tal manera ligadas entre sí, que del conocimiento de cualquiera de ellas se puede pasar al de todas las demás, y que no se puede nunca fijar cuál es la primera y la última, del mismo modo que no se puede encontrar jamás el principio y el fin de la circunferencia.

Y hé aquí también, por qué hemos dicho, Señores, que al hacer Jesucristo una regeneración religiosa, hizo al mismo tiempo

y por la misma naturaleza de las cosas creadas por él, una regeneración social y una regeneración política. No podía, en verdad, regenerar al individuo sin regenerar á la sociedad, y no podía regenerar á la sociedad sin regenerar al Estado; porque no podía regenerar todas y cada una de las partes sin regenerar el todo. Y hé aquí, por último, Señores, por qué la obra de la redención cristiana debió abarcar y abarcó, en efecto, en su concepción infinita, como en su infinito desarrollo, todo el mundo religioso, que estando formado del mundo moral, del mundo social y del mundo político, va á refundirse, como las aguas todas de la tierra al inmenso cauce de los mares, á la divina y exclusiva síntesis del dogma católico.

Si esto no hubiera sido así, Señores, la obra religiosa de Jesucristo se hubiera circunscrito solamente á la destrucción de los antiguos dogmas y de su abominable culto; en tanto que ÉL efectuó desde el principio y simultáneamente la ruina de la sociedad antigua y de su execrable estado político. Siguiendo en su desarrollo la misma unidad que se advierte en la idea, ó sea en el dogma cristiano, al mismo tiempo que libertaba al hombre de la teogonía gentilica, que no era más que la esclavitud de los vicios divinizados por el politeísmo, lo libertaba también de la esclavitud social, encarnada en los ilimitados derechos del padre de familias, del señor y del marido, y de la esclavitud política encarnada en el cesarismo ó en la demagogia, que son las dos inhumanas y destructoras formas de la tiranía y del despotismo. Y de esta manera, Señores, descubrimos, llenos de asombro y con todo el acatamiento debido á la verdad, que la redención cristiana venia á ser una en cuanto á la persona de su Autor; una en cuanto á su teoría representada en el dogma ó sea en el pensamiento divino, y una en cuanto á su acción ó desarrollo que, atrayéndose así todas las cosas, se las asimila y transforma por medio de una síntesis infinita y de una infinita análisis, de la misma manera que puede decirse, sin caer en el panteísmo, que Dios es la síntesis y

la análisis de todas las cosas, que han sido creadas á su hechura, como el Sér increado en que están contenidos los tipos eternos de todos los séres.

A este respecto, Señores, no puedo prescindir de recordar en este lugar, las magníficas palabras de uno de los más grandes pensadores de nuestro siglo; genio extraordinario, que reunió en su privilegiada inteligencia, la mirada del águila, la profundidad del abismo, la inmensidad del mar y la hermosura de los campos, y que con el poder de tan raro conjunto de atributos avasalló á sus plantas la razon de todas las ciencias.

“Posee la verdad política, dice, el que conoce las leyes á que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes á que están sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce á Dios; conoce á Dios el que oye lo que él afirma de sí, y cree lo mismo que oye. La teología es la ciencia que tiene por objeto estas afirmaciones. De donde se sigue, que toda afirmacion relativa á la sociedad ó al gobierno, supone una afirmacion relativa á Dios, ó lo que es lo mismo, que toda verdad política ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica.”

“Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo. Si lo es, no hay nada fuera de esa ciencia, que no tiene plural; porque el todo, que es su asunto, no le tiene. La ciencia política, la ciencia social, no existen sino en calidad de clasificaciones arbitrarias del entendimiento humano. El hombre distingue en su flaqueza lo que está unido en Dios con una unidad simplicísima. De esta manera distingue las afirmaciones políticas de las afirmaciones sociales y de las afirmaciones religiosas, mientras que en Dios no hay sino una afirmacion, única, indivisible y soberana.” (Donoso Cortés: Ensayo, pág. 6.)

Por esta razon hemos dicho, Señores, y no nos cansáremos de repetirlo, que el desconocimiento de la profundísima filosofía del

dogma católico, así como de la accion omnipotente é infinita de Jesucristo y de su Iglesia, lleva á las ilusorias y extravagantes concepciones del racionalismo moderno, la irrealizable pretension de levantar una ciencia y un órden enteramente nuevos, fuera del dominio moral de la Iglesia católica; que sería lo mismo, Señores, que pretender salir del mundo que habitamos y del sistema en que gira nuestro globo, para ir á crear un mundo nuevo á las inconmensurables soledades del espacio. Y todo esto, Señores, preciso es reconocerlo bien, no con nuevas verdades, porque no puede haberlas, sino con las usurpaciones y los despojos hechos á la doctrina católica, torpemente confundidos por la soberbia y por el sensualismo.

Cuando así meditamos, Señores, en esas sublimes é imprescindibles verdades, que son la vida de la humanidad, como el alma es la vida del cuerpo humano, sin la cual no podría existir; cuando asomamos, por decirlo así, nuestra débil mirada al infinito abismo del pensamiento divino, para explicarnos la creacion y el destino de esta existencia terrenal, tan llena de combates y de misterios, y que sin la accion inmediata y directa de Dios no sería más que una representacion inútil y automática al par que dolorosa y sangrienta, sentimos levantarse del fondo de nuestra conciencia, un estremecimiento espantoso que agita todo nuestro sér, como si estuviéramos ante la augusta y aterradora majestad del Dios del Sinaí, y sentimos por esa pobre y abandonada razon humana toda la compasion y toda la tristeza que puede inspirar la más grande de las miserias del hombre. Ella, Señores, huye de los hermosos campos iluminados por la fé, y corre desatentada como Caín, despues del terrible sacrificio de Abel, llevando el odio y la desolacion á los oídos de la sociedad moderna, sin detenerse á reflexionar un momento en la imposibilidad de su empresa. Ella, bulle ahora en las cabezas de una secta de hombres que, siendo los descendientes legítimos en el órden moral y filosófico, de aquellas muchedumbres impías, que gritaban un día



con rencorosos alaridos á las puertas del pretorio romano: Crucifixe! crucifixe! no reparan, Señores, que ese Dios crucificado por sus padres, empezó á vivir realmente bajo la losa de su sepulcro. Ella, obstinada, como hace diez y nueve siglos, en sus impías negaciones, no quiere comparar nada, no quiere aprender nada, y cierra envanecida sus ojos, que parecen ofuscados por los mismos fulgores de la verdad eterna, ante el milagro vivo y permanente de la Iglesia.

Entretanto, Señores, la sociedad moderna está sentada en medio de los campos de la muerte, inclinada la frente pensadora, la mirada extraviada y crispadas las manos por la angustia y el terror, como buscando en la tierra la solución de no sé qué signos cabalísticos, que le traerán la paz y la felicidad, y hasta la perfección del género humano. A su alrededor se levantan, como horribles fantasmas que la inquietan y la fatigan, todas las negaciones libre-pensadoras, desde Luzbel hasta Renan, y todas las seducciones socialistas, desde el Paraíso hasta la Comuna. Y así espera, Señores, un día, que no puede llegar, y una hora, que no sonará nunca.

Es verdad que la humanidad entera arrastra sobre el haz de la tierra una vida luctuosa y miserable, que la misma Iglesia canta con lúgubres gemidos; vida que se desarrolla en infinitas y concéntricas evoluciones, bajo el pesado anatema de una degradación primitiva, que la historia ha recogido á su paso, entre los pliegues de su manto, y cuya creencia universal está hace tiempo colocada entre las incontrovertibles verdades que corresponden al criterio del testimonio humano; pero esa misma Iglesia y ese mismo criterio, dirémos, si no queremos apoyarnos en la fé; esa misma historia, cuyos incontables eslabones van á engancharse en el Calvario, nos demuestran claramente, que los dolores de esta vida no tienen más remedio que la Iglesia misma.

Repasad, si no, Señores, de una rápida ojeada, las enseñanzas todas de la historia universal; comparad el mundo antiguo con el

mundo moderno; la monstruosa desigualdad de las sociedades politeístas con la justa y racional armonía de las sociedades cristianas, y decid, con la mano puesta sobre el corazón, si no ha venido el Cristianismo con las montañas de la caridad, á llenar los abismos que existían en la sociedad y aun en la misma naturaleza humana; de la caridad, Señores, cuyo nombre no fué ni siquiera conocido en las antiguas teogonías. No profesando la verdadera noción de Dios los pueblos paganos, cuyos más grandes sabios andaban buscando á tientas sistemas más ó menos ingeniosos, según el alcance de sus inteligencias, y los rayos de luz que á su alrededor arrojaba el pueblo escogido, no pudieron ser regidos más que por *el fatum*, puesto al servicio de las viciosas divinidades de la ficción mitológica. ¿Pero qué caridad, ni qué sabiduría, ni qué moralidad podrían inspirar á los hombres los dioses vengativos, embusteros y corrompidos del Olimpo? La Filosofía, pues, lo inventaba todo, desde el metafísico espiritualismo de Platon, al genio más levantado del paganismo, hasta el grosero materialismo de Epicuro, prototipo de todas las escuelas corruptoras; la pobreza arrastraba sus mugrientos harapos, maldiciendo por el oro y los placeres, que ni siquiera le permitían presentarse á su vista; y medio mundo cargaba la pesada cadena de la esclavitud á los piés del otro, al amparo del derecho civil y político.

A su vez, Señores, si el paganismo fué el reinado del vicio y de la mentira por el olvido del verdadero Dios prometido, el racionalismo lo es y lo será cada vez más por la negación del verdadero Dios humanado; y el pueblo escogido viene á ser así el hermano del pueblo cristiano, como el pueblo gentil viene á ser el hermano del pueblo racionalista. De este modo, Señores, hay dos pueblos y dos principios antagonistas que se disputan el dominio del mundo y que se extienden paralelamente en los espacios del tiempo. Israel es la Iglesia, y la negación del Cristianismo es una nueva manifestación pagana. El uno desconocía á

Jehová, Dios de la Biblia; el otro niega á Jesucristo, Dios del Evangelio. Aquel no conoció las verdaderas virtudes, y las substituyó indignamente con la vergonzosa apoteosis de todos los vicios: éste las niega y las rechaza y quiere substituir la caridad de la fé con la filantropía de la razon. Aquel tuvo para los dolores humanos la crueldad y el desprecio; éste les ofrece por remedio los problemas socialistas y las contradicciones liberales. Pero ni uno ni otro ha venido como el Cristianismo á curarlos, consolándolos, enalteciéndolos y hasta santificándolos, con las divinas y dulcísimas afirmaciones del Evangelio, que señalan el reino de los cielos á los pequeños y á los afligidos. El racionalismo viene á ser, pues, bajo todas sus fases anti-cristianas, al fin de todas estas investigaciones religiosas, históricas y filosóficas, una continuidad ó una restauracion pagana, anterior á Jesucristo; y léjos, por consiguiente, de ser una civilizacion y un progreso, no es realidad de verdad, sino retroceso y barbarie.

Ahora bien, Señores, si el cristianismo, despues de haber regenerado al mundo, destruyendo los inmundos altares de la idolatría, desmintiendo los monstruosos errores de todas sus sectas filosóficas, y purificando á la sociedad civil y doméstica de sus abominables costumbres; si al restablecer la verdadera nocion de Dios, enseñó una moral santa y pura, colocó el principio de toda autoridad sobre bases justas y sábias, proscribió la esclavitud, ensalzó la pobreza, levantó la condicion de la mujer á un grado sublime, fecundizó al mundo de sábias y benéficas instituciones, y dejó abierta, por último, la puerta de todo progreso y de toda civilizacion legítima; si despues de haber hecho todo esto, decimos, no ha ido más allá, convirtiendo á la humanidad pecadora en inhumanidad inocente, y haciendo de la tierra un paraíso, es, Señores, porque la humanidad no retrocede; es porque el designio de Dios se cumple eternamente en medio de las infinitas armonías de su sabiduría, de su justicia y de su misericordia. Sí, Señores, no nos cansemos de repetirlo: no abriguemos á la faz del sol, imágen viva

de la mirada eterna de Dios, esos sueños impíos é irrealizables; no empeñemos nuestro entendimiento y nuestra voluntad en una lucha estéril é inhumana. El Cristianismo, cumpliéndose en el tiempo, y colocándose en medio de las edades, venció el pasado, el presente y el porvenir, con una fuerza infinita de retrogradacion y de impulsión, con un triunfo único y sintético, como la causa única, indivisible y eterna de donde procedia. Lo que Jesucristo no hizo no lo hará, pues, nunca hombre alguno, nacido ó por nacer; lo que la Iglesia no enseña, no lo enseñará jamas escuela alguna, religiosa ó profana, porque, como ya hemos dicho desde el principio, nada hay fuera de la accion y de la palabra infinita de Dios.

Pero, ¡qué adorable y consoladora aparece, Señores, á los ojos creyentes esa admirable economía del Cristianismo, que concilia de una manera tan ordenada y con tan altísimos fines el poder de la libertad humana con la accion de la Providencia divina, que convierte las cadenas y tormentos del hombre en palmas y coronas de triunfo! Caida del cielo de la gracia á la tierra del pecado, la humanidad cambió de vida cuando cambió de ruta, y no fueron, en verdad, otorgados al hombre redimido los mismos favores que al hombre inocente. Éste, naciendo al pié del trono de Dios, tuvo por feliz morada el espléndido palacio de su gloria; aquel, labrando su pobre cuna muy léjos de la luz de su mirada inefable, tiene que llegar hasta el cielo por el triste camino del arrepentimiento.

Y ese camino, Señores, cuán lleno está de terribles combates, de lastimosas miserias! Cuando reconcentrándonos por un instante en nosotros mismos, abarcamos en abstracto, como con una sola mirada, el espectáculo del mundo, ¡cómo nos maravilla esa Iglesia santa de Dios, nave sagrada bogando entre las olas de un mar de borrascosas pasiones y de inexplicables y contradictorios sucesos! Allí vemos, verdaderamente con asombro, á la libertad y á la razon del hombre, creados tan grandes por el mismo Dios, que, si nos es permitido expresarnos así, están en una lucha per-

pétua con él. Pero en medio de esa lucha, ¡qué magnífica armonía, Señores, qué concepción tan inimitable y profunda de todas las cosas! ¡Parece increíble! La libertad y la razón de Dios luchando con la libertad y la razón del hombre, y creando de este modo el mundo moral, ese secular palenque en donde se reciben las perdurables recompensas y los eternos castigos, esa arena inmortal, sin la cual no podría explicarse el altísimo destino del género humano. Y de este modo, Señores, la Iglesia siendo una, vive por la libertad y en medio de la libertad, porque siendo el punto de atracción y de luz adonde converge la confusa variedad de los elementos humanos, en un aparente é infinito desconcierto, éstos, girando libremente, están, no obstante, subordinados á la eterna unidad de la Iglesia, reflejo de la eterna unidad de Dios.

Cuando, merced á esas grandes iluminaciones de la fé, y á las profundas y sublimes enseñanzas de la filosofía católica, podemos penetrar hasta el augusto tabernáculo del dogma cristiano, y comprender las eternas y santas relaciones del cielo y la tierra, formuladas en el tiempo por medio de Jesucristo y de la Iglesia, vemos que el misterio de la vida humana se aclara en medio de un océano de luz; que lo inexplicable se hace fácil y sencillo, y que el inaccesible misterio de la Divinidad, se hace tres veces santo, adorable y magnífico al través de los eternos velos con que Dios ha querido ocultarlo á nuestros ojos, para demostrarnos nuestra pequeñez y sujetarnos por medio de la humildad, que es amor, origen y centro de todas las virtudes. Entónces vemos á toda la turba de impugnadores anti-cristianos, que han atravesado los siglos, agitándose alrededor del inmortal edificio de la Iglesia, á la manera de los miserables insectos que se arrastran al pié de las pirámides seculares de Egipto, sin haber podido mover una sola de sus piedras. Pobres sabios, ciegos á la luz de las verdades de la fé, creen encontrar en ese aparente desórden de la naturaleza, y en las debilidades del hombre, imperfecto instrumento de Dios, un argumento poderoso para derribar la eterna armonía de

la creación, y para sustituir al órden divino, el órden de la pura razón humana, para romper ese eterno lazo colocado por la misma mano de Dios entre el cielo y la tierra.

“Estudiemos, pues, Señores, con una atención particular, podemos decir ahora, siguiendo la luminosa huella del ilustre Obispo de Meaux, esa marcha de la Iglesia, que nos asegura tan claramente todas las promesas de Dios. Todo lo que rompe esa cadena, todo lo que sale fuera de esa marcha, todo lo que se eleva de sí mismo, y no viene en virtud de las promesas hechas á la Iglesia, desde el origen del mundo, nos debe causar horror. Empleemos todas nuestras fuerzas en atraer á esa unidad todo lo que se le desvía, y en hacer escuchar á la Iglesia, por medio de la cual el Espíritu Santo pronuncia sus oráculos.” (Bossuet: Discurso sobre la Historia universal, 2.<sup>a</sup> parte, cap. XXXI.)

Todas estas augustas y sublimes verdades fueron, empero, reveladas desde un principio, como verdades inherentes á la naturaleza humana, recibidas con acatamiento por una razón más ilustrada y exenta de soberbia, por cuanto era más creyente y religiosa, y han formado siempre el rico patrimonio de las sociedades cristianas. Pero llegó un día, Señores, en que la razón impía, débil por sí, pero vigorizada cada vez más, como hemos tenido ocasión de explicarlo otra vez, con la misma fuerza expansiva y generalizadora que el Cristianismo vino á imprimir al espíritu humano, enseñando una nueva filosofía, más trascendental y humanitaria, ha querido alzarse con los despojos de tan grandes y bellos atributos, pretendiendo establecer una nueva doctrina, que no solo corriera paralelamente y en inverso sentido con el dogma católico, sino que le sustituyera por completo en el órden humano.

Esta es, Señores, la razón por la cual tenemos necesidad de confesar públicamente y casi como de enseñar de nuevo, esas santas y necesarias verdades, que aprendimos desde el sagrado regazo de nuestras madres, que condujeron á nuestros mayores desde la cuna hasta el sepulcro, y que rogamos á Dios nos conduzcan

tambien á nosotros. Yo sé bien que, al grado á que ha llegado en esta época el dominio de la licencia y del sensualismo, la rebelion á todo órden y á toda autoridad, nosotros hacemos el triste papel de ilotas en medio de las sociedades modernas; pero ante tan sacrílega usurpacion de la autoridad divina en el gobierno de las cosas humanas, ante tan atentatoria calumnia levantada contra las verdades eternas, ante tan horrenda traicion hecha á la vida moral del mundo, no podemos permanecer indiferentes; tenemos que defender y propagar esa verdad santa y necesaria, cuyo conocimiento es el único que puede salvarnos de las ruinas del error, y de los excesos del vicio. *Cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos.* Conoceréis la verdad, dice el apóstol, y la verdad os libertará. (San Juan, cap. VIII, v. 32.)

No puedo ménos que recordar á este propósito, con la misma emocion que experimenté al leerlas, aquellas palabras tan sentidas y de tan amargo reproche, que el Pontífice inmortal de la Iglesia dijo en cierta ocasion á unas gentes que le visitaban: "No somos amigos del César, hijos míos, y por esta razon las gentes de mundo, los sectarios de la nueva doctrina nos vuelven la espalda y nos desprecian." El César, Señores, es la Revolucion social y política, que no es en el fondo más que una revolucion religiosa, como ya hemos explicado, es ese mónstruo de tantas cabezas cuantas son las sectas que se disputan el sagrado patrimonio de la Iglesia; es ese conquistador afortunado que recorre ahora triunfante todas las naciones de la tierra, que se enseñoera del poder público, y reparte sus encarecidos favores desde su elevado trono. ¿Pero qué puede ofrecer, en efecto, á los amigos del César esta santa Iglesia que defendemos, tan infamada ya y tan empobrecida por la persecucion? El mundo sensual y egoísta se va, Señores, tras del dispensador de las mundanas riquezas y de las provechosas lisonjas; pero esta Iglesia, tan rica de celestiales dones y de acrisoladas virtudes, no tiene más que espirituales recompensas, austeras penitencias y humildes oraciones.

Entretanto, Señores, los siglos se precipitan sobre los siglos en eternal carrera, y la humanidad sigue marchando de combate en combate, por el camino trazado por el dedo de Dios; porque el inmortal destino del género humano, sigue y seguirá cumpliéndose, conforme á la divina voluntad del Eterno, Autor y conservador de las sociedades, hasta que suene la hora postrera en el último dia de todos los tiempos. Nosotros, hijos del hermoso y legítimo consorcio de la razon y de la fé, santificado por Jesucristo, tenemos que cumplir tambien á nuestro turno, con el santo y grandioso deber que han dejado ya cumplido los que nos precedieron. Mañana, Señores, nosotros, signados con la Cruz, bajaremos á dormir el pesado sueño de la muerte, bajo el polvo vil de la tierra; pero nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, en esa santa é indestructible generacion de los hijos de la fé, vendrán á su vez á librar el triste y rudo combate de la vida, á tomar parte en esa eterna lucha, entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. Nuestra causa, en verdad, no es la causa de un dia de combate, ni de un dia de triunfo pasajero: ella se renueva y se renovará perpetuamente sobre la triste morada del hombre, hasta que todo ruido se pierda, hasta que todo movimiento se pare, y hasta que el último de los hijos de los hombres haya bajado al seno de la tierra. Eterna como Dios, su triunfo definitivo llegará, Señores, cuando todas las cosas creadas vuelvan al oscuro seno de la nada de donde han salido.—HE DICHO.

México, Junio 29 de 1876.



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

